



VOL: AÑO 8, NUMERO 23

FECHA: SEPTIEMBRE-DICIEMBRE 1993

TEMA: LAS SOCIOLOGÍAS ESPECIALIZADAS: Un estado de la cuestión

TÍTULO: **La sociobiología**

AUTOR: *Mauricio Schoijet* [*]

SECCION: Artículos

EPIGRAFE:

"La sociobiología no pasa de ser una ideología de la naturaleza humana... Una especie de sabiduría folclórica"

Richard Lewontin

"Nous sommes l'être dont l'être est de n'être pas"

Simone de Beauvoir

"Es una cuestión de interés más que pasajera el que la biología reduccionista haya sido una fuente tan importante de posiciones políticas reaccionarias. ¿Por qué ha de ser así? No podemos estar satisfechos con una respuesta que se refiere solamente a los malos usos de investigaciones biológicas insignificantes. ¿Cuál es entonces la base de la significación política de la biología reduccionista?"

Martin Barker (Barker, 1982)

RESUMEN:

El presente artículo hace una revisión crítica de la literatura sociobiológica. La sociobiología reconoce como antecedente la etología de Konrad Lorenz, desarrollada entre las décadas de 1920 y 1970. La obra más importante que pretende aplicar los principios de la etología al comportamiento social humano es "Sociobiology" de Edward O. Wilson, publicada en 1975.

Se revisan diversos aspectos de la sociobiología, tales como intentos de síntesis entre biología y economía, así como su explicación del fenómeno de la guerra, y de los roles sexuales; se reseña la evidencia ofrecida por sus promotores en relación a estudios sobre primates, homínidos, sociedades prehistóricas y humanos actuales; se muestra que existe una analogía entre la sociobiología actual y las teorías eugenésicas difundidas en las primeras décadas del siglo, y que sirvieron de justificación para la práctica del racismo, la represión contra los pobres y las políticas belicistas; se sugiere que el aparato teórico de la sociobiología es endeble, y que no ofrece ni mejores explicaciones que las teorías sociológicas convencionales ni nuevos instrumentos que hayan probado su eficacia, y que ha recibido un apoyo que no se justifica excepto por razones políticas, desde el punto de vista de la política de las clases dominantes.

ABSTRACT:

Sociobiology.

This article makes a critical assessment of the sociobiological literature which recognizes Konrad Lorenz's etology as a background which was developed between 1920 and 1970. The most outstanding book which attempts to put etology's principles into practice regarding human and social behaviour is Sociobiology, by Edward O. Wilson, published in 1975. This article reviews several aspects of sociobiology such as a synthesis between biology and economics, as well as an explanation of the war phenomenon and of sex roles. Evidence offered by its promoters is described in relation to studies about primates, hominid and prehistorical societies and present human beings. An analogy is shown between the present sociobiology and the eugenic theories which were spread in the first decades of the century, and which were a justification of racism, oppression against poor people and warmongering politics. It is suggested that the sociobiological theoretical system is weak and that it offers neither better explanations than conventional sociological theories nor new efficient instruments, and that it has received support which is not justified, except for political reasons from the ruling class point of view.

TEXTO

Antecedentes de la sociobiología

La emergencia de la sociobiología en la década de 1970 reconoce un antecedente en una escuela de pensamiento que intentaba extrapolar desde la etología -es decir el estudio comparativo de la conducta animal- el comportamiento social humano. El representante más conocido de esta tendencia es el médico y zoólogo austriaco Konrad Lorenz (n. 1903), quien publicó sus trabajos desde la década de 1920, compartiendo un Premio Nobel con el también etólogo Nikko Tinbergen. No vamos a intentar ninguna síntesis detallada de la obra de este autor, pero creemos que el aspecto principal de su argumentación, en relación con la teoría política, reside en una supuesta continuidad entre la conducta agresiva animal y fenómenos sociales humanos, tales como la guerra, siendo esta última considerada como extensión de la primera, dispositivo que sirve para ocultar las determinaciones sociales estructurales de los conflictos bélicos. El texto más conocido de Lorenz (Lorenz, 1967), fue publicado en 1963 con el revelador subtítulo de "El así llamado mal: hacia una historia natural de la agresión". Una revisión de los textos de Lorenz a lo largo de cincuenta años muestra un patrón coherente en el cual extrapola desde "(una) parcialmente comprendida, bastante ambigua investigación biológica (...) hacia una visión política y social clara y coherente (...) altamente reminiscente del punto de vista de la derecha política en Alemania (...) en la primera mitad del siglo". Durante el período nazi Lorenz fue un ideólogo del régimen, no en el sentido de ser un funcionario pagado, sino en el de que sus opiniones estaban totalmente de acuerdo con la terminología y objetivos de los nazis, a quienes elogió por educar a la juventud en el espíritu del racismo y "por establecer una política eugenista". Llegó hasta a parlotear la línea nazi en cuestiones artísticas, acusando al arte "decadente" (probablemente se refería a los expresionistas alemanes de aquella época) de ser un ejemplo de "degeneración" genética. En un texto sobre "Los ocho pecados capitales del hombre civilizado" atacó a la democracia liberal y a "los jóvenes radicales" a quienes consideraba responsables de "la declinación de Occidente". Este libro contiene un capítulo acerca de la "Decadencia genética" (ligero desplazamiento terminológico para la antes citada "degeneración"), a la que identifica con el auge del crimen y la violencia, así como con la hostilidad de los jóvenes contra la sociedad y contra sus padres. "En ninguna parte de su discusión acerca de las aberraciones sociales, crimen y psicopatología dio reconocimiento a posibles factores no genéticos que contribuyeran a ello, tales como las condiciones sociales y económicas" (Graham, 1981).

Lorenz sostiene la transmisión hereditaria de los modos de comportamiento, y que la biología debería "determinar (...) automáticamente los ideales por los que deberíamos luchar" (Lorenz, citado por Thuillier, 1970: 312-313 y 435).

Orígenes de la sociobiología

En 1975 apareció el libro "Sociobiology: The New Synthesis" de Edward O. Wilson (Wilson, 1975), que representa un intento de síntesis de varias ciencias, tales como la etología, ecología, zoología, entomología y genética, con la pretensión de reducir el comportamiento social humano, y por consiguiente a la sociología, a una parte de la biología. El comportamiento social humano sería entonces comprensible en términos de una ciencia que explicaría el de todas las especies animales. La sociobiología sería entonces "el estudio sistemático de la base biológica de todo comportamiento social" (Wilson, 1975: 4)

La sociobiología representa una forma de determinismo biológico reflatado a partir de las ideas de Spencer, pretendiendo ser "una combinación de la teoría neoevolucionista darwiniana con la genética" (Nelson, 1987). La última unidad de la cadena evolucionista no sería el organismo sino el gene, cuya propiedad básica sería una tendencia a la conservación. Ello explicaría el altruismo entre individuos directamente relacionados en sus estructuras genéticas, así como otros "componentes básicos" de una supuesta naturaleza humana, tales como la agresión, que respondería a una predisposición biológica. De un impulso agresivo básico se derivarían varias inclinaciones, tales como la territorialidad, "la afirmación de dominio dentro de grupos bien organizados", la agresión sexual, y hasta "la agresión moralista y disciplinaria para cumplir las reglas de la sociedad" (Wilson, 1980). La territorialidad sería una forma de asegurar el control de recursos escasos. La dominación masculina y la división del trabajo entre los sexos tendría un origen biológico. La homosexualidad estaría también genéticamente determinada. La xenofobia, el racismo y la guerra tendrían el mismo origen. La cultura sería dependiente de los genes (Wilson, 1985).

En síntesis podríamos decir que toda explicación del comportamiento humano se haría a partir de parámetros genéticos, ecológicos, de descripciones histórico-naturales de organismos y de su historia evolutiva (Burian, 1978).

Una de las principios explicativos más utilizados por los sociobiólogos es el de selección de individuos emparentados (kin selection), que constituiría la base genética del altruismo. Otra afirmación, del sociobiólogo Dawkins, es que existirían tendencias genéticamente condicionadas en el comportamiento sexual de los hombres a la promiscuidad y de las mujeres a la monogamia (Dawkins, 1976).

Los sociobiólogos suponen que la moral tendría un origen biológico, en tanto que se fundaría en la selección de individuos emparentados y en el altruismo recíproco. La moralidad surgiría porque el ser humano moral tendría mayores probabilidades de sobrevivir y reproducirse que el inmoral, porque la ayuda mutua aumentaría sus posibilidades de supervivencia (Crocker, 1981). Hay que mencionar que si bien Spencer ya había planteado que la moral tendría un origen biológico, existe una diferencia radical entre su planteo y el actual de los sociobiólogos. Porque en efecto para Spencer todo lo que ha llegado a su desarrollo actual, lo ha alcanzado porque es bueno. Por ello nuestra obligación sería ayudar al trabajo de la naturaleza "dejando despiadadamente que los débiles perezcan" (Ruse, 1979: 197).

Uno de los aspectos más notorios de la sociobiología consiste en su propensión a explicar los hechos sociales en función de grandes generalizaciones que no se apoyan en ninguna evidencia histórica, por ejemplo la de Wilson acerca de una supuesta facilidad de adoctrinamiento de los seres humanos, sin molestarse en discutir si el hecho de que los supuestos adoctrinadores tengan o no el poder implica alguna diferencia.

La sociobiología como desplazamiento ideológico

El antropólogo estadounidense Marshall Sahlins afirma que la sociobiología representa un desplazamiento ideológico respecto a la teoría de la selección natural. En efecto, para la teoría tal como fue formulada por Darwin, las mutaciones representarían un resultado del azar independientemente de cualquier calidad de cualquier organismo individual. En cambio para los sociobiólogos el organismo se volvería un agente autodirigido del cambio, que tendría a su disposición a la selección natural como instrumento. Ello implicaría un retorno a la teleología, poniendo otra vez al individuo en el centro, como lo hacía el lamarckismo (de Jean Baptiste Lamarck, 1744-1829, naturalista francés autor de una teoría precientífica de la evolución de las especies). Para los sociobiólogos operaría en la naturaleza un principio de maximización, pero la selección natural darwiniana no implica un principio de este tipo sino nada más que un principio de ventajas relativas (Sahlins, 1976), lo que representa avances evolutivos indeterminados.

La supuesta síntesis de la genética y la economía

Joe Crocker observa correctamente que los sociobiólogos, aparentemente ignorantes de la teoría social y económica preexistente, así como de la historia, naturalizan las relaciones sociales capitalistas, viéndolas además donde no existen, es decir, en sociedades precapitalistas.

En efecto, Wilson, Trivers y Dawkins han "descubierto" la síntesis entre genética y economía. Para Wilson el dinero representaría "la cuantificación del altruismo recíproco". Para Dawkins "el dinero es el signo formal del altruismo recíproco demorado" (ídem Wilson, (1975), edición Belknap, p. 553; Dawkins, (1976)). Trivers aparentemente supone la existencia de la división del trabajo en las sociedades precapitalistas. Para él los fabricantes de herramientas serían individuos que mantendrían relaciones de intercambio con otros, quienes a su vez fabricarían otras herramientas, o armas, o serían usuarios, y todos ellos mantendrían entre sí relaciones simétricas (Trivers, 1971). Imagina entonces que un intercambio privado por otro de igual valor sería un acto altruista, conjeturando que la evolución nos ha equipado con las herramientas intelectuales para computar estos en términos de costos y beneficios, lo que determinarían su "valor adaptativo", que constituiría la clave para determinar si se debe o no responder en forma recíproca a un acto dado, y con cual magnitud (how much, subrayado en el original).

Crocker refuta esta hipótesis de los sociobiólogos haciendo notar que sólo recientemente en la historia humana han comenzado los individuos a intercambiar formalmente los productos de su trabajo en proporción a su "valor", y que Marx ya había mencionado, sobre la base de observaciones antropológicas, que en las sociedades precapitalistas predominaba el trabajo colectivo, en actividades determinadas por necesidades y objetivos comunitarios, con lo cual el trabajo del individuo se establecía desde el comienzo como una labor de esas características, con lo cual, independientemente del producto particular que producía, no había división del trabajo "necesariamente engendrada por el intercambio de valores", sino una participación en el trabajo colectivo "que tenía como consecuencia la participación del individuo en el consumo colectivo" (Marx, 1977).

El ya mencionado antropólogo estadounidense Marshall Sahlins también hace notar la tendencia economicista de la sociobiología, que apunta a lograr una articulación imaginaria entre biología y economía. Por ejemplo, el ya citado Trivers se refiere a "inversión paterna" (parental investment) que los padres harían en la crianza de sus hijos (Trivers, 1972). Al mismo tiempo sostiene que por vía de su teoría del altruismo, los sociobiólogos reducen el concepto de selección al de ganancia individual neta, desde el momento en que ni siquiera es necesaria ninguna ventaja relativa sobre otros miembros de la misma especie. Para Sahlins la sociobiología representaría entonces una nueva versión de la teoría del individualismo posesivo, postulada por Hobbes y criticada por Macpherson. Este último afirma que para ésta "el individuo no es visto como parte de un todo moral ni de un todo social, sino como dueño de sí mismo, la sociedad como conjunto de individuos libres propietarios de sus capacidades, en las relaciones de intercambio entre los propietarios" (Macpherson, 1962). La sociobiología cumpliría entonces el papel de refloatar el mito original en el que se habría fundado el capitalismo, la visión hobbesiana del hombre en estado natural.

La sociobiología y la ideología del productivismo

Janna L. Thompson (Thompson, 1982) cita a la sociobióloga Mary Midgley (Midgley, 1978) acerca de una supuesta propensión universal al consumo, a la velocidad, etc., excelente ejemplo de la sabiduría de coctel a la que alude Lewontin. Afirma la citada que "Si la gente del siglo XX quiere aviones supersónicos, lo hace porque tienen deseos en común con los esquimales y los bosquimanos. Quieren moverse rápido, hacer sus negocios prontamente, recibir honores, ser temidos y admirados, resolver enigmas y tener algo brillante y reluciente. Estamos "programados" de manera innata para vivir y gustar de tales cosas".

Los sociobiólogos ofrecen la imagen del burgués convencional, del individuo moldeado por los hábitos y la ideología del capitalismo tardío como estereotipo universal. Midgley no llega a preguntarse si hay fuerzas sociales, por ejemplo las burocracias de los organismos gubernamentales de la rama aeronáutica, que podrían tener más interés que el ciudadano promedio en el transporte supersónico. Las necesidades serían homogéneas y ahistóricas, sin relación alguna con las estructuras sociales. Los sociobiólogos no pasan de ofrecer una visión estrecha, obtusa y prejuiciada de una supuesta naturaleza humana, de la que los seres humanos individuales serían los portadores individuales, con prescindencia de las relaciones sociales.

La sociobiología y la guerra

Este tema es tratado en un artículo de Peter Shaw (Shaw, 1986). El autor parte de la observación de que "el progreso en el entendimiento o control de la propensión humana al ataque y la defensa ha sido dolorosamente lento" y cita a J.D. Singer en el sentido de que los científicos sociales no habrían logrado "ningún avance teórico sustancial en el entendimiento de la guerra", más la aseveración de que no habría evidencia sobre ningún aumento o disminución en la incidencia de la guerra entre 1816 y 1977 (Singer, 1979), sin tomarse el trabajo de especificar si se refiere al número de guerras o a la destrucción de recursos humanos y materiales causada por estas. Argumenta que los científicos sociales (quienes?) conciben la propensión de la humanidad al conflicto letal como "un instinto animal irreversible, simple necrofilia, degeneración patológica de los impulsos humanos básicos", y ve que "existen todas las razones para anticipar el estallido de la Tercera Guerra Mundial", debido a que las naciones involucradas en la carrera armamentista empiezan a agotar sus reservas y por lo tanto llegan a pensar que es mejor atacar de una vez. Todo ello lleva a algunos científicos sociales a pensar que la sociobiología tendría la clave para comprender la guerra, después de lo cual expone algunas de las conclusiones

de Darwin, de Lorenz y de otros estudiosos, acerca de los conflictos y la agresión entre y dentro de especies animales, para pasar a describir las conductas de las sociedades humanas de cazadores-recolectores, reconociendo que algunas son pacíficas, aunque después menciona, sin molestarse por entrar en detalles, que estas habrían participado en "la agresión y el conflicto letal (...) durante el 99% del tiempo de su existencia". Sostiene que la sociobiología proporciona una razón biológica para la participación de los individuos en la guerra en términos genéticos, citando en forma aprobatoria a varios autores que plantean que esta se debería a la lucha por el control de recursos escasos, que aparentemente incluirían desde "mujeres (sic), ganado y esclavos", hasta los necesarios para operar la tecnología moderna. Afirma que la guerra cumple funciones aceptadas en las relaciones internacionales, repitiendo la sabiduría folclórica de la ilustre antropóloga Margaret Mead, acerca de que la guerra requeriría de "buena voluntad para morir por parte de los miembros de una sociedad". No menciona la existencia de mecanismos coercitivos que podrían ayudar a suplir la falta de esa supuesta "buena voluntad". Afirma que los conflictos por el control de los recursos no desaparecerán nunca "porque es propio de los humanos el nunca estar satisfechos", aunque su nivel de vida sea alto. Esta proposición se apoya en nada menos que el prestigio de una autoridad científica como el señor Robert McNamara, también conocido por su participación en la guerra de Vietnam y en la dirección del Banco Mundial. El autor rechaza la explicación marxista de la guerra, según la cual esta sería consecuencia de las tendencias imperialistas del capital financiero, puesto que no daría cuenta de las políticas de expansión que adjudica a los estados del actualmente casi desaparecido "socialismo realmente existente", que serían responsables de una "intromisión militar en varios países más pequeños y menos desarrollados", tema sobre el cual tampoco se molesta en discutir detalles. Finalmente afirma que la carrera armamentista no debe sorprendernos, puesto que los genes nos programan para actuar como máquinas de supervivencia y que, puesto que la evolución genética es lenta, siendo optimistas se podría suponer que la carrera armamentista podría ser abandonada en "quinientos años" (sic).

Crítica de la concepción sociobiológica de la guerra

Una primera observación sería que el curso de los acontecimientos desde la publicación del artículo de Shaw muestra que estos se han dado en la dirección opuesta a la que este autor veía como más probable, en cuanto la descomposición del bloque de Estados del "socialismo realmente existente" ha alejado el peligro de una conflagración mundial, aunque desgraciadamente ha propiciado desgraciadas guerras étnicas regionales en países como la ex Yugoslavia y los del Cáucaso ex-soviético.

El artículo que comentamos es un producto poco recomendable, pero es de alguna manera sintomático de la situación general de las ciencias sociales. Por debajo de todo el aparato de erudición que ostentan los distinguidos profesores de prestigias universidades citados por Shaw, encontramos el mismo conformismo, pereza mental y esterilidad que caracterizaron a los biólogos spencerianos de comienzos del siglo XX. El discurso de nuestro autor es paupérrimo en cuanto a análisis de los hechos y de la literatura pertinente, cumpliendo el mismo papel que ejerció su despreciable predecesor, el general spenceriano von Bernhardt, en vísperas de la Primera Guerra Mundial, uno de los ideólogos que ayudaron a llevar a millones al matadero. El texto de Shaw no presenta ninguna alusión a la cada vez mayor destructividad no sólo de las guerras, sino de la carrera armamentista en términos de recursos, de los cambios históricos en el tipo de guerras, de los mecanismos sociales que las generan e imponen, y last but not least, de la creciente resistencia de masas contra el militarismo y el armamentismo.

Es muy sintomático de esta ceguera teórica de nuestro autor el hecho de que su breve referencia a una teoría marxista de la guerra se refiera solamente a Lenin. Existe una

teoría marxista de la guerra que parte de Karl von Clausewitz -autor por supuesto anterior al marxismo-, en tanto que este caracteriza a la guerra como continuación de la política por otros medios. Marx y Engels plantean que la guerra y la política expresan conflictos de clase. Lenin en efecto elaboró un caso paradigmático, en tanto que caracterizó a la Primera Guerra Mundial como resultado de las tendencias expansionistas del capital financiero de los países de capitalismo más desarrollado de su época. Esta teoría de la guerra se inscribe dentro de una más general sobre el poder y la violencia, uno de cuyos teóricos más destacados ha sido Michel Foucault. Sin embargo hay que decir que estas teorías de lo que llamaríamos el continuo guerra-política no han sido aún suficientemente elaboradas, y que la comprensión de las políticas militares aplicadas en casos concretos, por ejemplo en la Segunda Guerra Mundial, es igualmente insuficiente, como tampoco está aclarada la forma en que la degeneración burocrática del "socialismo realmente existente" afectó su política militar. De igual manera es necesaria una crítica radical de la teoría de las necesidades y los recursos para desmontar la retórica esencialista que justifica al armamentismo y la guerra sobre esta base. Este tipo de crítica está presente en varios autores, desde Herbert Marcuse hasta los que proponen la existencia de límites al crecimiento.

El discurso de los sociobiólogos funciona como propaganda de los aparatos políticos y militares que promueven al armamentismo y la guerra, para darle la bendición de la "ciencia" a una situación que resulta cada vez más irracional e intolerable para los millones de mujeres y hombres que pagan esa irracionalidad con el producto de su trabajo y que son sus víctimas potenciales, así como para la justificación de los crímenes del imperialismo contra los pueblos de Vietnam y Centroamérica. El texto que comentamos es el resultado de las infladas pretensiones de los sociobiólogos a la Robert Trivers (Lorenz, 1970), de que "la ciencia política, el derecho, la economía, la psicología y la antropología serían, sin excepción, ramas de la sociobiología". De Shaw podría decirse lo mismo que Labriola afirmó acerca de Spencer, de que no explicaba un solo hecho, y podríamos agregar que se limita a la aceptación total de la irracionalidad existente. Con toda razón Thuillier se refiere al triunfalismo de los sociobiólogos (Thuillier, 1981), que contrasta con la irrealdad de sus realizaciones.

También Wilson ha expresado opiniones sobre la temática de la violencia y la guerra. Por ejemplo interpreta la caza de brujas del siglo XVII como centrada en un egoísmo genéticamente determinado de los perseguidores. Asimismo ve a la guerra como una cuestión biológica de territorialidad y tribalismo, por la cual los miembros de un dado grupo tenderían a considerar a otros como menos que humanos. Su receta contra la guerra sería la vaga fórmula de ampliación de los grupos, aparentemente sin tomar en cuenta que estos se han ampliado con el auge del capitalismo y la formación de los Estados modernos, lo cual no ha resultado en una disminución de la destructividad de las guerras sino todo lo contrario. Wilson está absolutamente ciego respecto a cualquier dimensión social del problema. Por ejemplo, no parece percatarse de que la caza de brujas la llevó a cabo un aparato represivo altamente organizado, y que tuvo un papel en la supresión de la disidencia religiosa en relación con los conflictos religiosos de su época, que a su vez tenían una dimensión política, en última instancia comprensible desde el punto de vista de la lucha de clases, como lo han comentado muchos autores, por ejemplo Federico Engels respecto a las revueltas campesinas en Alemania. Tampoco parece ocurrírsele la idea de que las guerras podrían tener raíces económicas y políticas, tales como la pobreza, la opresión y el saqueo de los recursos de los países coloniales.

La no falsabilidad de la sociobiología, afirmaciones vagas e infundadas

Janna L. Thompson, la ya mencionada crítica de Wilson, se refiere a éste en los términos siguientes: "Wilson argumenta, sobre la base de la comparación entre primates y

humanos, que los humanos tienen una ligera propensión a ser polígamos. Esta predisposición (si existe) por supuesto que no explica por qué una sociedad en particular practica la poligamia (...) pero no sólo la existencia de esta predisposición es perfectamente compatible con la existencia de sociedades no polígamas, sino con la inexistencia total de sociedades no polígamas. Más aún, la prevalencia de sociedades polígamas es compatible con la posibilidad de que no hubiera predisposición para la poligamia (...) la dificultad es aún complicada por el hecho de que los sociobiólogos tienden a ser muy poco específicos sobre cuáles son nuestras predisposiciones y bajo cuáles circunstancias se supone que se manifiestan" (Thompson, 1982).

Otro ejemplo de la falta de precisión de Wilson es el siguiente: "No sabemos cuántas de las cualidades más apreciadas están genéticamente ligadas a las más obsoletas y destructivas. La cooperación hacia miembros del grupo puede estar ligada con la agresividad hacia extraños, la creatividad con un deseo de poseer y dominar, el celo atlético con una tendencia a las respuestas violentas, y así de seguido" (Wilson, citado por Lewontin, 1977).

Wilson se caracteriza por una clara inclinación a adscribir determinaciones genéticas a toda una serie de comportamientos sociales, tales como la indoctrinabilidad, genocidio, espíritu empresarial, dominación masculina, etc. No se molesta por definir a qué se refiere, ni por dar ejemplos históricos (hay alguna evidencia de genocidio en épocas prehistóricas?). Como se da cuenta de que no hay evidencia acerca de una supuesta universalidad de las conductas genocidas, acepta que algunas sociedades podrían escapar temporalmente a esa supuesta propensión (1977: 574), sin tomarse el trabajo de especificar cuáles serían las condiciones que podrían permitirlo.

De igual manera el ya citado sociobiólogo Robert C. Trivers explica con igual facilidad cualquier conducta, así como la contraria, tales como simpatía, culpa, gratitud, amistad, probidad, etc., "así como la habilidad para disimular cualquiera de éstas (...) (puesto que) tanto el altruismo como el no-altruismo son ventajosos, luego 'adaptativos'" (Trivers, 1971, citado por Sahlins).

Algunas de las proposiciones de los sociobiólogos parecen totalmente infundadas. Por ejemplo la de Wilson de que "el desarrollo de la teoría más fundamental en sociología debe esperar (a que haya) una explicación neurológica completa del funcionamiento del cerebro" (Wilson, citado por Corning, 1983). Además también se caracterizan por el uso laxo de su terminología. Por ejemplo, cuando Wilson discute el tema de la religión, lo hace colocando en la misma categoría al marxismo, al nacionalismo y hasta al "materialismo científico" (Wilson, citado por Thompson), sin que por supuesto se dignen tomarse el trabajo de explicar por qué estas corrientes ideológicas o discursos son asimilables a la religión.

La evidencia en favor de la sociobiología

a) Los estudios sobre primates y otros animales

Varios de los sociobiólogos se empeñan en adscribir conductas humanas a especies animales. Si una conducta de tipo humano está presente en una especie animal, se deduce que está genéticamente programada, y es por lo tanto imposible de erradicar de la sociedad humana. Así varios sociobiólogos efectúan esta operación con comportamientos tales como la agresión, etnicidad, inteligencia y sistemas familiares (Menzies, 1986).

Por ejemplo el sociobiólogo David Barash (Barash, 1977) sostiene que la violación se daría en especies animales, en un texto que fue comentado por la revista Newsweek.

Pero Barash maneja una definición extremadamente laxa, refiriéndose a un gusano macho que le impide a otro fertilizar a las hembras. Thornhill, otro sociobiólogo, se refiere a datos sobre copulación heterosexual en insectos, en el que la pareja no sigue un ritual previo observado en otros casos. El ya mencionado Barash también llama violación a eventos similares en parejas de ánades, lo que implica un juicio sobre lo que constituiría un apareamiento "normal" en determinadas especies (Dusek, 1984).

Varios sociobiólogos afirman asimismo que la conducta agresiva sería una característica humana innata, para lo cual se apoyan en observaciones sobre primates. Pero la evidencia acerca de estos muestra que tienen comportamientos variados, ya que efectivamente algunas especies son agresivas, pero otras no lo son -por ejemplo los mandriles y los orangutanes-. Tampoco existen jerarquías masculinas de dominación entre los primeros, en tanto que en otras los individuos sólo despliegan su agresividad bajo circunstancias determinadas, como ocurre con los chimpancés (Chasin, 1980; Nichols, 1986).

b) Los homínidos, sociedades prehistóricas y cazadores-recolectores actuales

Wilson afirma que en sociedades de cazadores y recolectores "las mujeres no cazan" (Wilson, 1979, citado por Thompson), de donde salta a la proposición de que con igual educación e igual acceso a las profesiones, los hombres probablemente seguirán teniendo una representación desproporcionada en "la vida política, los negocios y la ciencia".

Ardrey y Wilson elaboraron un modelo de hombre prehistórico cazador y guerrero, que se dedicaba a la caza cooperativa de animales grandes, y cuyos dientes le impedían además una alimentación vegetariana (Ardrey, 1967). Esta afirmación se apoya en la interpretación que hizo el anatomista sudafricano Robert Dart acerca de fósiles del homínido *Australopithecus*, de dos millones de años de antigüedad que fueron hallados en cuevas del Transvaal, en Sudáfrica, después de la Segunda Guerra Mundial. También se basan en las diferencias entre las habilidades físicas entre atletas masculinos y femeninos actuales, ya que los primeros corren más rápido y arrojan flechas con mayor precisión.

Dart sostuvo que los fragmentos de huesos de animales hallados en las citadas cuevas fueron trabajados para ser empleados como armas, que además los homínidos habrían usado para matarse entre ellos, lo que constituiría una prueba de que ya practicaban la guerra, que respondería por lo tanto a una tendencia intrínseca de la naturaleza humana. Las ideas de Dart fueron difundidas a millones de espectadores a través de una famosa escena de la conocida película "2001" de Stanley Kubrick.

Sin embargo otros científicos refutaron a Dart. Fue el caso del también sudafricano C.K. Brian, quien mostró que de las formas de rotura y huellas encontradas en los huesos de los animales no podía deducirse que hubieran sido muertos por los homínidos, sino que pudieron haber sido causadas por perros que se alimentaban de carroña, y que el hueso dañado de un homínido, que Dart presentaba como evidencia de acción hostil contra este llevada a cabo por sus semejantes, pudo haberlo sido por dientes de leopardo, o sea que probablemente el *Australopithecus* no fue depredador sino presa de otros animales. Tampoco es cierto que sus dientes no fueran adecuados para una alimentación vegetariana, sino que más aún, estudios recientes de dientes fósiles con el microscopio electrónico sugieren que no sólo el *Australopithecus* sino los *Homo Sapiens* tempranos parecen haberse alimentado con una dieta dominada por frutos fibrosos. El análisis del desgaste dental sugiere que no hubo caza sistemática sino hasta mucho más tarde, o sea hace unos quinientos mil años. En cuanto al arco y la flecha, su aparición ha sido muy

reciente en términos de evolución de la especie, de sólo hace unos veinte mil años, de modo que la diferencia física a que alude Wilson no pudo haber tenido mayor importancia, por lo menos en este aspecto. Tampoco hay evidencia de que los homínidos habitaran las llanuras, ya que todos los sitios en que se han encontrado sus restos fósiles están cerca de orillas de lagos y ríos, o en planicies anegadizas, como las de Koobi y Olduvai en Africa (Crompton, 1980; Brian, 1976; Rensberger, 1979).

En su afán de adscribirle un origen genético a la agresividad y a la división sexual de roles los sociobiólogos no toman en cuenta que en varias de las sociedades llamadas actualmente primitivas hay muy poca agresividad, como por ejemplo entre los esquimales. Ignoran o contradicen directamente la evidencia observada por los antropólogos en algunas de estas, por ejemplo entre los pigmeos del Congo, entre quienes tampoco se ha observado la división sexual de roles. Wilson atribuye asimismo un supuesto espíritu empresarial y tendencia a la adquisición de bienes a los bosquimanos Kung de Sudáfrica (Wilson 1975: 549), lo que contradice directamente las observaciones reportadas por el antropólogo Richard Lee, quien los describe como una sociedad igualitaria (Lee, 1969).

c) Los humanos "civilizados"

Respecto a los seres humanos actuales que viven en sociedades de fuerzas productivas desarrolladas, los sociobiólogos hacen varias afirmaciones de las que comentaremos dos. Una se refiere a una supuesta relación entre niveles de las hormonas sexuales y dominación masculina, que estaría por supuesto determinada por los genes, y que sería común a los primates y a los humanos, tanto primitivos como actuales. En este punto cabe mencionar que aunque Wilson se apoya en la obra de las psicólogas estadounidenses Maccoby y Jacklin, estas mismas autoras reconocen que sabemos poco acerca de las relaciones entre hormonas y conducta (Maccoby, 1974).

El segundo argumento se refiere a la evolución histórica de la asignación sexual de roles en los kibbutzim (plural de kibbutz) israelíes. Estos constituyen una forma colectiva de explotación agraria, similares a los koljoses y sovjoses de la ex Unión Soviética. Durante las primeras épocas de su funcionamiento operaron en formas igualitarias, pero después de la independencia de Israel se produjo una mayor división sexual de roles, con las mujeres ocupándose en forma preponderante de las tareas de servicio y crianza de los niños, en tanto que los hombres producían y administraban. Los sociólogos Lionel Tiger y Joseph Shepher sugirieron que este desplazamiento se debería a que la configuración original de los kibbutzim representaba un orden contra natura, y que con el transcurso del tiempo los sexos se habrían simplemente movido hacia sus roles "naturales" (Tiger, 1975).

La también estadounidense Pauline B. Bart critica estas posiciones haciendo notar que en primer lugar nunca hubo un compromiso con la idea de igualdad real de los sexos, sino que solamente se dio la oportunidad para que las mujeres tomaran trabajos tradicionalmente asignados a los hombres. Pero señala además que hubieron varias presiones en la dirección opuesta, algunas provenientes de la sociedad externa al kibbutz, por ejemplo en favor de un aumento de la natalidad por motivaciones nacionalistas, que además fue hecha posible por una elevación de los niveles de vida; por la existencia de un sesgo administrativo en contra de la realización de actividades productivas por parte de las mujeres; la creencia de que las madres deberían trabajar cerca de los niños, énfasis en la alimentación por el pecho materno etc. (Bart, 1977).

Pero además creemos que hay hechos que están tanto fuera del horizonte de Tiger y Shepher como de su crítica Bart, excepto en lo referente a la tendencia al aumento de la natalidad. Nos referimos a la relación entre la evolución histórica del kibbutz y de la sociedad que lo rodea. Porque en efecto, Tiger y Shepher tratan el tema en forma

totalmente ahistórica, lo que es típico del enfoque sociobiológico. Una explicación alternativa debe considerar que las tendencias igualitarias que dieron origen a los kibbutzim no eran necesariamente representativas de la sociedad judía de la que provenían sus fundadores. En tanto que desde el punto de vista de las relaciones de producción los kibbutzim no pasaron nunca de ser una forma marginal e intersticial dentro de la sociedad colonial judeo-árabe -lo cual no excluye el hecho de que hayan tenido un gran peso en la lucha por la implantación judía en el territorio, y en su defensa-, sus valores pudieron subsistir dentro de un aislamiento relativo. Pero el elemento fundamental a considerar es la evolución de la sociedad israelí, dominada por la conversión del Estado en potencia militar, con la creación de una sociedad militarizada funcional para la nueva dominación colonial sobre el pueblo palestino, con lo que la estaf resultó ser bastante diferente del modelo de sociedad que alimentó las ilusiones de los fundadores de los kibbutzim, indudablemente inspirados en el socialismo utópico. En la medida en que adquirió sus características actuales, y en que los kibbutzim se integraron a ella, hubiera sido muy difícil imaginarse que sus valores no terminarían por imponerse sobre los originales de los kibbutzim, incluyendo por supuesto al sexismo.

Otras críticas a la sociobiología

Un problema que se plantea respecto a cualquier explicación de tipo sociobiológico es si sus cálculos de base genética tienen algún sentido.

Si como lo sostiene el eminente biólogo Ernest Mayr la selección no actúa sobre los genes individuales sino sobre grupos de estos, que pueden o no estar ligados de determinada manera, o sea si los genes individuales no son las unidades del cambio evolutivo, entonces resulta difícil de justificar cualquier cálculo de este tipo, en tanto que les asignan un valor adaptativo a los genes tratados de manera atomística (Burian, 1978).

Los sociobiólogos introducen un número considerable de hipótesis ad hoc e ignoran posibles explicaciones alternativas. Por ejemplo, el altruismo no tiene porqué tener una base genética ni entre seres humanos ni entre primates, ya que el reconocimiento de una acción altruista podría llevar a un resultado similar al postulado por los sociobiólogos sobre una base genética, si quien efectúa una acción de este tipo mejora con ello su posición dentro de un grupo y con ello aumenta sus posibilidades reproductivas.

Parece pertinente mencionar la opinión de Thompson en el sentido de que la sociobiología no constituiría una disciplina, sino que es una colección indisciplinada de tesis y modelos para conectar el ámbito de lo biológico al de lo social. Son tesis que ni están fundadas en proposiciones similares, ni son necesariamente compatibles. Esta es una de las razones que dificultan la crítica, puesto que cuando algunas de las posiciones más audaces de los sociobiólogos ya no pueden ser defendidas, retroceden hacia otras que lo son menos, quejándose de no haber sido comprendidos. Ello es típico de una fraseología y no de una ciencia.

Analogía con la eugenesia

Hay varios aspectos en los que la sociobiología muestra su afinidad con la eugenesia de fines del siglo XIX y comienzos del XX. Así como varios eugenistas de aquella época adscribieron determinaciones genéticas a características sociales vagas y difusas tales como el nomadismo o la vocación por navegar, Wilson maneja asimismo comportamientos poco definidos, tales como indoctrinabilidad, creatividad, motivación, etc. Así como la eugenesia fue objeto de una recepción entusiasta que se difundió de los medios académicos a los de difusión masiva, ha ocurrido lo mismo con la sociobiología, aunque probablemente en menor escala. Y last but not least, también la sociobiología ha

servido de apoyo a políticas conservadoras, racistas y fascistoides. Algunos de sus promotores han estado en contacto con personajes de esas tendencias, que también difunden la teoría de la determinación genética de la inteligencia, etc.

El ya citado antropólogo Sahlins apunta que la respuesta a la aparición de la sociobiología no sólo tuvo proporciones históricas sino que el hecho mismo de que desatara una amplia controversia representa un fenómeno cultural notable. En efecto la publicación en 1975 del libro de Wilson fue comentada en los más importantes periódicos, como el New York Times y el Chicago Tribune. También lo fue en la revista Science, la de mayor difusión publicada por una sociedad científica en Estados Unidos. El año siguiente se dieron cursos y conferencias sobre el tema en varias universidades.

Respecto a las consecuencias de la sociobiología corresponde mencionar que en la época que siguió a la Segunda Guerra Mundial hubo otra teoría que tuvo el papel de antecedente de la sociobiología, y que como una forma de ideología antifeminista tuvo similares efectos políticos.

Durante la guerra se produjo una incorporación masiva de mujeres a la fuerza de trabajo en Estados Unidos y Gran Bretaña. Al terminar esta apareció una teoría del psicoanalista John Bowlby acerca de los supuestos efectos adversos que causaría la privación de cuidados maternos (maternal deprivation) basada en el psicoanálisis de Freud y en investigaciones tempranas sobre etología. Según esta, para que los niños pudieran desarrollarse con una adecuada salud mental, debían de mantener una relación continua con una figura materna única. Estas ideas fueron aprobadas por muchos de los profesionales relacionados con la crianza de los niños, y tuvo efectos políticos en la reducción del apoyo estatal a las guarderías infantiles (Salzman, 1979 Wortis, 1971).

La posición de Ruse

La defensa de la sociobiología por el filósofo canadiense Michael Ruse parece ser el intento más serio de valorar la cuestión de manera equilibrada (Ruse, 1979). Podríamos afirmar que Ruse admite que varias de las críticas son correctas, pero que no necesariamente clausuran las posibilidades de la sociobiología. Esta posición de defensa limitada, razonable y sofisticada, contrasta con el primitivismo político y pretensiones desmedidas de Wilson y demás sociobiólogos.

Ruse elabora varios argumentos generales al respecto. Sostiene que si los humanos somos animales "sería claramente tonto no explorar de modo completo las posibles implicaciones de la animalidad humana sobre el comportamiento social humano; particularmente en momentos en que finalmente los biólogos están (comprendiendo finalmente) el comportamiento social animal". Menciona asimismo que la historia de la ciencia nos enseñaría que es frecuente el caso de nuevas teorías que, cuando son inicialmente presentadas, resultan audaces e insuficientemente basadas en hechos, y que no por ello deberían ser desechadas.

También sostiene que hay hechos particulares que apuntarían a la importancia de la base biológica de enfermedades mentales, tales como la esquizofrenia, y de fenómenos psicológicos como el aprendizaje. Señala que el mayor tamaño de los machos es una cualidad generalizada en el mundo animal, y que ello justificaría un enfoque biológico en el estudio de las diferencias entre los sexos; y que ciertas observaciones sobre las sociedades primitivas, tales como la importancia que le asignan a la genealogía, el cuidado de los hijos por los hermanos de la madre, etc., serían coherentes con explicaciones de tipo sociobiológico.

Ruse argumenta que la sociobiología podría explicar la guerra en sociedades primitivas en función de una posesión efectiva del territorio para controlar un recurso escaso; y que si las conductas altruistas fueran efectivamente explicables en términos genéticos, ello haría posible postular un origen biológico de la moral. Admite que algunos sociobiólogos hacen en efecto extrapolaciones indebidas del tipo de las biólogas spencerianas en el pasado. Acepta que las extrapolaciones de primates a humanos, aunque plausibles en principio, resultan poco convincentes en casos concretos. Reconoce que Wilson estaría errado en un punto fundamental, en tanto que si bien la cultura es producto de la evolución biológica, ella nos da sin embargo armas para trascenderla. En otras palabras, suponiendo que hubiera una base biológica para las tendencias agresivas y sexistas, ello no implica que deban dominar la vida social, sino que es ilegítimo "trazar inferencias normativas en base a las diferencias sexuales entre hombres y mujeres". También admite que algunas de las hipótesis de Wilson, por ejemplo las que introduce para explicar cambios culturales rápidos como causados por factores genéticos, o sea un supuesto "efecto multiplicador", resultarían insostenibles.

Crítica de la posición de Ruse

Hay un punto en el que Ruse está un poco atrasado de noticias. Nos referimos al supuesto origen genético de la esquizofrenia. En un libro publicado en 1984 Lewontin, Rose y Kamin (Lewontin, 1984) hacen una revisión crítica devastadora de la teoría del carácter hereditario de la esquizofrenia. Estos autores señalan que ésta estaba muy extendida entre los genistas alemanes en las décadas de 1920 y 1930, al punto que Ernst Rüdín, uno de los más destacados psiquiatras alemanes de esa época, promovió la esterilización de los esquizofrénicos que se convirtió en política oficial con la llegada de Hitler al poder en 1933, en cuya implementación colaboró el citado Rüdín. En la década de 1930 el psiquiatra judeo-alemán Franz Kallmann, estudiante de Rüdín, llevó a cabo estudios estadísticos que parecían indicar de modo concluyente que la esquizofrenia era efectivamente un fenómeno genético. Sin embargo varios estudios posteriores, a partir de uno de S.S. Kety y varios colaboradores (Kety, 1968), publicado en 1968 y continuado por otros investigadores en la década de 1970, mostraron que los datos de Kallmann valían probablemente tanto como los de Cyrill Burt sobre el carácter hereditario de la inteligencia, que fueron tomados en serio durante mucho tiempo, hasta ser finalmente descartados por haber sido obtenidos con métodos y procedimientos inadecuados.

Las ideas de Ruse parecen correctas en principio, pero sus consecuencias prácticas no pueden ser consideradas trascendentes. Porque en efecto, en los hechos que cita en apoyo de la sociobiología es muy difícil separar claramente una posible determinación genética de las culturales. Si bien no se puede negar en principio la posibilidad de que hayan aspectos del comportamiento social humano que estén genéticamente determinados, toda la experiencia histórica de las teorías biólogas -del biologismo spenceriano y de la eugenesia-, justifican una más que razonable desconfianza para las explicaciones de este tipo. No se trata, por supuesto, de rechazar totalmente a la sociobiología por esa razón, ni porque emplea un exceso de hipótesis ad hoc. El problema mas bien reside en preguntarnos qué es lo que la sociobiología explica mejor que, por ejemplo, la antropología. Tanto la antropología como la historia nos muestran una gran plasticidad cultural de muchas sociedades. En la griega antigua el sexismo coexistió con una homosexualidad generalizada. Este hecho parecería poco compatible con cualquier teoría sociobiológica, porque parecería difícil creer que los genes produzcan al mismo tiempo rasgos aparentemente antagónicos. Con respecto al supuesto carácter universal de la agresividad humana, si explica algo, no pasaría de ser la existencia de tendencias agresivas espontáneas y no dirigidas, como las que aparentemente se dan en los ghettos negros y latinos de las grandes ciudades estadounidenses, o en áreas marginales mexicanas como Ciudad Netzahualcóyotl, o en otras áreas marginadas en países

latinoamericanos. Pero no el fenómeno de la guerra, que constituye una forma altamente organizada de violencia, ni tampoco, por ejemplo, las diferencias en belicosidad y militarización entre diversas sociedades.

Respecto a la posición de Ruse de que lo que es no necesariamente debe determinar lo que debe ser, en el sentido de que aunque los sexos estuvieran genéticamente determinados para la asignación de roles, sería sin embargo posible que mediante un entrenamiento compensatorio los hombres aceptaran ser padres igualitarios, tanto Wilson como la socióloga Alice Rossi aceptan en principio esta posibilidad, pero pretenden atemorizar a los críticos con el costo supuestamente alto de una sociedad igualitaria, que para Rossi sería "mucho más excesivo que el de cualquier cosa contemplada hasta ahora", y para Wilson requeriría "una cantidad de reglamentaciones que pondrían en peligro las libertades individuales", incluyendo la frustración de las capacidades de algunos individuos (Rossi, 1977; Wilson, 1978: citado por Salzman), sin molestarse en explicar los métodos que han seguido para conjeturar tales costos, ni fundamentar la necesidad de las supuestas medidas coercitivas, ni tampoco en dar alguna opinión sobre si la situación actualmente existente tiene o no algún costo social, y si causa frustraciones.

Explicaciones alternativas

El antropólogo Derek Freeman no sólo critica la pretensión de Wilson de reducir la antropología a la biología, sino que da algunos elementos para comprender la relación entre evolución biológica y cultural (Freeman, 1980).

Freeman parte de una propuesta de Mayr (Mayr, 1976) y de observaciones acerca de primates. Según Mayr existen en la naturaleza especies que tienen dos tipos diferentes de programas genéticos, a los que llama cerrados y abiertos. Los del primer tipo proveen un conjunto de respuestas predecibles a los estímulos del ambiente, en tanto que los otros se caracterizarían por una capacidad para aprender de la experiencia y de elaborar nuevas respuestas, que añadirían nueva información a sus programas de conducta. Los mosquitos serían un ejemplo de la primera clase, en tanto que los de la segunda incluirían no sólo al Homo Sapiens sino a varias especies de primates, por ejemplo el macaco japonés y los chimpancés. Estos poseen una mayor capacidad de adaptación, y en ellos existen formas rudimentarias de conductas culturales, estas es aprendidas, que se transmiten de manera no genética de una generación a la siguiente, tales como nuevos modos de recoger y procesar alimentos. Este hecho, es decir la existencia de tradiciones culturales en ciertas poblaciones animales, lo reconoce el mismo Wilson (Wilson, 1975: 178 y 539). Para la antropología el significado principal de estos hechos sería que de ellos podríamos inferir que este comportamiento, que da origen a la cultura, debió de caracterizar a los homínidos tempranos de hace varios millones de años, con lo cual su evolución genética habría sido acompañada por otra exogenética. La segunda habría tomado un papel dominante con la aparición del lenguaje, con una consiguiente aceleración del ritmo de cambios en la especie humana, en la que la gran diversidad de cambios ocurridos en un período relativamente corto de algunos miles de años no podría ser explicada por variaciones genéticas.

La existencia de formas culturales en primates, aunque sean embrionarias, sería muy significativa, puesto que representaría el primer caso de extensión de fenómenos de tipo antropológico al mundo animal no humano, y un caso significativo de solapamiento entre los dominios de lo biológico y lo social.

El significado de la sociobiología

En algún aspecto, como el de la genética del altruismo, la sociobiología trata de resolver problemas no planteados por la teoría clásica de la evolución. La respuesta que da es que este representa una forma de egoísmo, en que la unidad reproductiva no sería el individuo sino un grupo genéticamente relacionado de éstos. La respuesta podría ser o no correcta, pero sería totalmente aventurado suponer que puede aplicarse sin más a la sociedad humana, puesto que en ésta pueden haber motivaciones culturales que pueden ser contragenéticas. Ello incluiría desde políticas educativas de tipo coercitivo, que pretenden que todos los educandos se comporten de igual manera, obligando a los niños zurdos a escribir con la mano derecha, hasta fenómenos como la abstinencia sexual forzada por acción de la iglesia, la existencia de congregaciones que la imponen a sus miembros dándole un valor social, la conscripción militar por varios años de masas de jóvenes confinados en cuarteles en regiones inhóspitas poco pobladas o culturalmente endógamas, separación de los sexos en el sistema educativo, etc.

Si la sociobiología representa una forma de contrarrevolución ideológica contra las ciencias sociales en general, y contra la antropología en particular, y además una forma de explotación ideológica de la ciencia para justificar políticas sexistas y belicistas, implica además un desplazamiento ideológico con respecto a la teoría de la evolución, de signo contrario al que acompañó a su surgimiento, en el sentido de que el mecanismo de la evolución no está centrado en respuestas individuales. Un factor social de indudable importancia en la formación y auge de la sociobiología reside en el chovinismo de los científicos naturales, en su ignorancia de las ciencias sociales y en una arrogancia que les permite lanzarse a teorizar desde esta ignorancia, a la que añaden la de la historia, incluyendo la de las mismas ciencias naturales, y de la filosofía. No se trata de insuficiencias casuales, sino socialmente funcionales desde el punto de vista de las clases dominantes, ya que los campos de las ciencias sociales y de la historia están permeados por los efectos de la lucha de clases, por lo cual su comprensión por parte de los científicos -para no hablar del público general- conllevaría seguramente efectos adversos a la dominación política que estas ejercen. Corresponde preguntarse qué razones tienen los sociobiólogos para rechazar las explicaciones de tipo cultural de los fenómenos que consideran; si tienen instrumentos para separar los factores genéticos de los culturales; y finalmente, cuales serían los fenómenos explicables desde una perspectiva sociobiológica que no lo serían desde una perspectiva sociocultural?

Sociobiología, epistemología y política

El texto ya citado de la autora estadounidense Freda Salzman sobre el debate acerca de la sociobiología constata que a pesar de la publicidad favorable y los encomiásticos comentarios con que fue recibido el libro de Wilson a partir de su publicación en 1975, durante el simposio sobre el tema que organizó posteriormente la American Association for the Advancement of Science se puso de manifiesto una creciente crítica de la comunidad científica contra las posiciones de los sociobiólogos. También sugiere que "los problemas metodológicos para realizar estudios rigurosos (en seres humanos) son esencialmente insuperables", debido a la importancia del aprendizaje, ambiente, sesgo y estratificación social, lo que determinaría "la imposibilidad de cuantificar (...) características sociales complejas" de modo que "puedan ser tratadas de manera científicamente significativa. (Sin embargo) el hecho de que tales estudios están proliferando, así como (la aparición de) nuevas aseveraciones respecto a la base genética del comportamiento social humano, es (...) un problema político".

TEXTO

Nosotros diferimos en cuanto creemos que un estudio científico no debe ser necesariamente cuantitativo, pero creemos que la autora tiene razón en que el apoyo a

los estudios de este tipo, en circunstancias en que la comunidad científica se muestra cada vez más crítica respecto a la sociobiología, debe tener una motivación política. En ese sentido cabe recordar que el eugenista estadounidense Charles B. Davenport, quien fue el principal responsable de estudios supuestamente científicos que promovían al racismo y la represión contra los pobres en las primeras décadas del siglo, nunca tuvo problemas en seguir contando con el apoyo de sus generosos donantes después de 1915, en circunstancias en que la mayor parte de los genetistas más prestigiados se habían vuelto igualmente críticos respecto a sus investigaciones. Sin embargo, también quisiéramos decir que la única afirmación de toda la literatura sociobiológica que hemos comentado que nos parece razonable es la que sostiene que la aparición de la moral podría haber significado una ventaja de tipo evolutivo para la especie humana, en tanto que la ayuda mutua habría aumentado las posibilidades de supervivencia, está radicalmente en contra de la tradición biológica spenceriana de la que participaron ideólogos como el citado Davenport.

Otro caso semejante al de la sociobiología, mucho más significativo por la magnitud de los recursos derrochados, del orden de los centenares de millones de dólares, fue la investigación en tecnologías nucleares que nunca funcionaron ni podían haberlo hecho, como en los casos de la propulsión nuclear de barcos y las explosiones nucleares con fines pacíficos (Patterson, 1976; Pringle, 1981).

En conclusión, podríamos sugerir que la sociobiología ha recibido una difusión y un apoyo totalmente indebidos, fundamentalmente por razones políticas, y que sus resultados científicos son hasta ahora inexistentes. Sus conexiones con formas anteriores de biologismo, como la eugenesia, de triste memoria porque sirvió para promover al racismo, a la guerra y a las políticas represivas contra los pobres, no pueden ser ignoradas. Ello no significa que quede borrada cualquier posibilidad abstracta de que en el futuro puedan aparecer explicaciones válidas de la base biológica de comportamientos sociales humanos.

CITAS:

[*] Departamento El Hombre y su Ambiente, Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco.

Este artículo fue escrito en México, pero la mayor parte de la bibliografía fue consultada o adquirida en 1983-84, durante el período que el autor pasó como Becario Mellon del Programa de Ciencia, Tecnología y Sociedad del Massachusetts Institute of Technology. Dado que en su mayor parte esta no se encuentra en México, es muy difícil que el autor hubiera podido escribir este artículo de no haber tenido la oportunidad de pasar este período en la institución mencionada.

BIBLIOGRAFIA:

Ann Arbor Science for the People Collective "Biology as a Social Weapon", (1977) Burgess Publishing Co., Minneapolis.

Robert Ardrey (1967) "African Genesis", Dell, New York.

D.P. Barash (1977) "Sociobiology and Behavior", Elsevier, New York.

Pauline R. Bart (1977) "Biological Determinism and Sexism: Is it All in the Ovaries?", en Ann Arbor Science for the People Collective, "Biology as a Social Weapon", Burgess Publishing Co., Minneapolis, p. 69-83.

Martin Barker "Biology and Ideology: The use of Reductionism", en Steven Rose, p. 9-29.

C.K. Brian (1976) "Some Principles in the Interpretation of Bone Accumulations Associated with Man", en G. Isaac y E.R. McCowan, "Human Origins", C.A. Benjamín, Menlo Park, California, y otros trabajos igualmente citados por Chasin.

Richard M. Burian (1978) "A Methodological Critique of Sociobiology", en Arthur L. Caplan, compilador, "The Sociobiology Debate", Harper and Row, New York, p. 376-395.

Joe Crocker (1981) "Sociobiology: The Capitalist Synthesis" en Radical Science Journal (Londres), no. 11, p. 55-72.

Robin Crompton (1980) "Old Bones Shatter Hunter Myths: Re-Examining the Anthropological Record", en Science for the People, noviembre-diciembre p. 5-8 y 34.

Barbara Chasin (1980) "Sociobiology: A Pseudo-Scientific Synthesis", en Rita Arditti, Pat Brennan y Steve Cavrak, compiladores, "Science and Liberation", South End Press, Boston, Massachusetts, p. 33-47; Chasin cita a David Pilbeam "The Naked Ape: An Idea We Could Live Without", en Daniel E. Hunter y Philip Whitten, compiladores, "Anthropology: Contemporary Perspectives", Little, Brown and Co., Boston (1975), p. 65-75.

Richard Dawkins (1976) "The Selfish Gene", Oxford University Press.

Val Dusek (1984) "Sociobiology and Race", en Science for the People, enero-febrero, p. 10-16.

Derek Freeman (1980) "Sociobiology: The "Antidiscipline" of Anthropology", en Ashley Montague, compilador, "Sociobiology Examined", Oxford University Press, p. 198-219.

Loren Graham (1981) "Between Science and Values", Columbia University Press, New York, p. 185-187.

S.S. Kety et al., (1984) "The Types and Prevalence of Mental Illness in the Biological and Adoptive Families of Adopted Schizophrenics", en "The Transmission of Schizophrenia", ed. por D. Rosenthal y S.S. Kety, Pergamon, Oxford (1968); citado por Lewontin et al., versión en español de 1991, p. 268.

Richard Lee (1969) "Eating Christmas in the Kalahari" en Natural History, diciembre, citado por Chasin.

Richard C. Lewontin "Biological Determinism as a Social Weapon" en Ann Arbor Science for the People Collective, p. 6-18.

Richard C. Lewontin, Steven Rose y Leon J. Kamin (1991) "No está en los genes: Racismo, genética e ideología", Editorial Grijalbo, México, p. 239-281; originalmente publicado en inglés en 1984, "Not in Our Genes: Biology, Ideology and Human Nature".

Konrad Lorenz (1967) "On Aggression", Bantam Books, New York, original "Das Sogenannte Böse: Zur Naturgeschichte der Aggression", Dr. G. Borotha-Schoeler Verlag, Viena (1963); Thuillier cita la edición francesa, Le Seuil, Paris, (1970).

Eleanor Maccoby y Carol Jacklin (1974) "The Psychology of Sex Differences", Stanford University Press.

C.B. Macpherson (1962) "The Political Theory of Possessive Individualism", Oxford University Press, citado por Sahlins.

Karl Marx (1977) "Selected Writings", compilación de David Mc Lellan, Oxford University Press, p. 361.

Ernest Mayr "The Unity of the Genotype", en Biologisches Zentralblatt 94, p. 382-386, citado por Burian.

Ernest Mayr (1976) "The Evolution of Living Systems" en "Evolution and the Diversity of Life": Selected Essays", Belknap Press, Cambridge, Mass., citado por Freeman.

Robert J. Menzies (1977) "Ideología genética: Observaciones sobre la biologización de la sociología", en "Sociológica" (Universidad Autónoma Metropolitana-Atzacapozalco), año I, no.1, p. 177-205 (1986); Menzies cita a P.L. van den Berghe "Bringing beasts back in: towards a biosocial theory of aggression", en American Sociological Review 39, p. 777-88; ídem "Sociobiology, dogma and ethics" en The Wilson Quarterly 1, p. 108-143, (1974); ídem "Race and ethnicity: a sociobiological perspective" en "Ethnic and Racial Studies" 1, p. 401-411 (1978); ídem "The Ethnic Phenomenon", Elsevier, New York (1981); C. Darlington "The Evolution of Man and Society", Simon and Schuster, New York, (1969).

Mary Midgley (1978) "Beast and Man", New York, citada por Thompson.

Catherine Nelson (1987) "La sociobiología y el estado de bienestar", revista A, Universidad Autónoma Metropolitana-Atzacapozalco, enero-abril.

Robert Nichols (1971) "La sociobiología: algunos problemas de comprobación" en Sociológica (Universidad Autónoma Metropolitana-Atzacapozalco), año I, no. 1, p. 153-162, (1986); Nichols cita a Hans Kummer "Primate Societies: Group Techniques of Ecological Adaptation", Aldine, Chicago.

Walter Patterson (1976) "Nuclear Power", Penguins.

Peter Pringle y James Spigelman (1981) "The Nuclear Barons", Avon Books, New York, p. 218-220.

B. Rensberger (1982) "Teeth Show Fruit was Staple" en el New York Times, Science Section, 15.5. 1979; citado por Crompton.

Steven Rose, compilador, (1982) "Against Biological Determinism", Allison and Busby, Londres.

Alice Rossi (1977) "A Biosocial Perspective on Parenting", en Daedalus, primavera, p. 1-31; citado por Salzman.

Michael Ruse (1979) "Sociobiology: Sense or Nonsense?", Reidel Publishing Co., Dordrecht, Holanda.

Marshall Sahlins (1976) "The Use and Abuse of Biology: An Anthropological Critique of Sociobiology", University of Michigan Press, Ann Arbor, Michigan, p. 74-77.

Freda Salzman (1979) "Sociobiology: The Controversy Continues" en *Science for the People*, marzo-abril, p. 20-27.

Peter Shaw (1986) "La propensión de la humanidad a la guerra: una perspectiva sociobiológica" en *Sociológica* (Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco), año I, no. 1, p. 119-152. Se trata de la traducción de un artículo originalmente publicado en 1984, pero no se da ninguna otra información.

J.D. Singer (1979) "Explaining War", Sage Publications, Beverly Hills, California, citado por Shaw.

Janna L. Thompson "Human Nature and Social Explanation", en Steven Rose, p. 30-49.

Pierre Thuillier (1981) "Les biologistes vont ils prendre le pouvoir? La sociobiologie en question", Editions Complexe, Bruselas.

Lionel Tiger y Joseph Shepher (1975) "Women in the Kibbutz", Harcourt, Brace and Jovanovich, New York, citados por Bart.

Robert L. Trivers (1971) "The Evolution of Reciprocal Altruism", en *Quarterly Review of Biology* 46, p. 35-57, citado por Sahlins.

Robert L. Trivers (1972) "Parental investment in sexual selection", en B. Campbell, compilador, "Sexual selection and the descent of man, 1871-1971", Aldine, Chicago, p. 136-179; citado por Sahlins.

Edward O. Wilson (1975) "Sociobiology: The New Synthesis", Harvard University Press, Cambridge, Mass., hay traducción al español, Editorial Omega, España; las referencias se hacen a la edición original.

Edward O. Wilson (1978) "On Human Nature", Harvard University Press, Cambridge, Mass., p. X; citado por Salzman. La traducción al español, Fondo de Cultura Económica, México, (1980). p. 148, es citada por Nelson.

Edward O. Wilson, (1983) citado por Peter A. Corning, "The New Synergism Hypothesis: A Theory of Progressive Evolution", Mc Graw Hill, New York, p. 125.

Wilson y Lumsden (1985) "El fuego de Prometeo: Reflexiones sobre el origen de la mente", Fondo de Cultura Económica, México, p. 105-106 y 166, citados por Nelson.

R.P. Wortis (1971) "The Acceptance of the Concept of the Maternal Role by Behavioral Scientists: Its Effects on Women", en *American Journal of Orthopsychiatry* 41, 5, p. 733-746; citado por Salzman, cita otros textos.